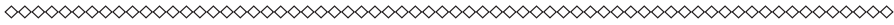




OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

**Exequias de Sor Concepción González,
Hermanita de los Ancianos Desamparados**

Capilla del Asilo San José de Rairo, Ourense. 1 de junio de 2017.

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes

Querida Comunidad de Hermanitas de los Ancianos Desamparados

Hermanas y hermanos

Queridos amigos de esta Comunidad:

En primer lugar quisiera manifestarle a esta Comunidad y a la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos, no solo mi más sentido pésame y mi cercanía, sino también la del Presbiterio Diocesano y la de los muchos fieles de esta ciudad y de la Iglesia Particular de Ourense que se sienten especialmente unidos y vinculados a las Hermanitas a través de un afecto que brota de la oración y del reconocimiento a su servicio silencioso pero operativo y vivo en el corazón de esta Diócesis.

Sor Concepción González ha finalizado su camino en esta tierra y su vida se ha abierto a esa dimensión nueva que es la eternidad. En ella esperamos que pueda gozar de la Pascua eterna. Con ocasión de este acontecimiento, que sale a nuestro encuentro en nuestro camino de la vida, nos sorprende, una vez más, la Palabra de Dios que nos ofrece la Liturgia exequial de la Iglesia:

Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor (Rom. 14,7-9).

Si estas palabras tienen en sí mismas un fuerte contenido vivencial de fe para cada uno de nosotros, de manera especial adquieren un sentido pleno en la existencia de una religiosa entregada al Señor y al servicio de la Iglesia de acuerdo con el carisma de Santa Teresa de Jesús Jurnet e Ibars. Nuestra Hermana hizo realidad en su vida la Palabra de Dios que acabamos de proclamar:

Vivir para el Señor

Y vivir para el Señor a través de ese estilo de vida propia de la que se siente Hermanita es una tarea apasionante porque la clave de esa existencia se la da Aquel que es plenitud de Vida y Amor, Aquel a quien y en quien se hacen nuevas todas las cosas y de cuya plenitud de ser y de vida todos somos hechos partícipes a través del misterio de su gracia.

Mis queridas Hermanitas: Vivir para el Señor desde esta perspectiva os abre a la plenitud del amor y os impele a *lanzar las redes* para pescar *apóstoles de apóstoles*.

Así lo ha vivido esta Hermana. Lo sabéis muy bien, vosotras, las que habéis sido testigos predilectos de su vida silenciosa y plena de sentido. Toda ella estaba dedicada, desde aquel lejano día de su profesión religiosa, a la Iglesia y, en ella, a los más necesitados. Qué hermoso objetivo para que una vida esté llena de sentido y de una fecunda finalidad. La historia de su vida ha quedado escrita en el corazón eucarístico del Señor; la fecundidad de su existencia, al estilo de Santa María, desde el silencio elocuente de la oración la ha llevado a vivir - *desde la obediencia religiosa*- su vocación y entrega a la Santa Iglesia.

Hoy, con la Palabra de la liturgia podemos decir que ¡sus obras le acompañen! *Dichoso los muertos, que mueren en el Señor. Que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan* (Apc 14). Son las sencillas, humildes y silenciosas acciones propias de una mujer consagrada de forma radical como Hermanita al servicio del Dios hecho hombre y presente en la Eucaristía y con esa fuerza, pudo descubrir el rostro de ese Buen Dios, rico en misericordia, que tantas veces encontró escondido de manera especial en aquellas personas con las que se encontró y con las que vivió a lo largo de su vida en todos sus destinos, tanto en esta tierra como allende los mares. Es más, podemos decir que esa vocación suya se materializó en tantos servicios callados a los necesitados, en especial a los ancianos. A través de la belleza de ese trabajo escondido, sin hacer ruido ni buscar la publicidad tan deseada por nuestros contemporáneos, se escondía una vida consagrada ¡solo Dios!

Porque ese ¡*Vivir para el Señor!* se hace realidad cotidiana en la vida de una Hermanita desde el primer momento de su existencia consagrada, ella se siente siempre del Señor ¡recordad!: *En la vida y en la muerte somos del Señor... ¡Somos del Señor!* Esa certeza hace que todo creyente, y más un alma consagrada *viva para el Señor*. Sentirse propiedad de este Buen Dios no coarta la libertad humana, ni muchísimo menos, sino que la potencia y la impulsa, le da un nuevo dinamismo porque le convierte en una *auténtica discípula misionera*. ¡*Somos del Señor!* ¡*En la vida y en la muerte somos del Señor!* Esta gran certeza puede mantener la vida de todo creyente, y más la de una mujer que se siente que el Señor se hace realidad expresiva en el misterio fecundo de la encarnación de un Dios que *siendo rico, se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza*. ¡He aquí el tesoro escondido! Permitidme que me exprese así! El misterio del Dios omnipotente que por amor a la humanidad se hace pobre, se convierte en Eucaristía, el pan de los ángeles, el pan de aquellos que haciéndose pobres son enriquecidos por la pobreza del Dios que se ha hecho hombre, se ha hecho alimento eucarístico.

En esta mañana, sintiéndonos todos como esos peregrinos que caminamos por este itinerario de conversión que es la vida misma, nos reunimos para celebrar la Pascua del Señor, haciendo memoria de Jesucristo el Crucificado-Resucitado para pedirle que acoja en la Pascua eterna a nuestra hermana.

Que la Madre de Dios, Madre de los Desamparados y Consuelo de los afligi-

dos os ayude a los familiares y, de manera especial, a las hermanas que formáis parte de esta Congregación en la que vivís este ambiente de familia sobrenatural que le sirva de sufragio a nuestra Hermana Sor Concepción. Ella que se sintió y vivió como esa peregrina fascinada por el Absoluto, quiera el Buen Dios que haya alcanzado la plenitud de su visión.

Ha sido una religiosa muy edificante con su vida sencilla. Su ministerio de oración y de inmolación silenciosa en estos últimos momentos de su vida, precisamente en este lugar de Ourense, se transformaron en actos de reparación y de desagravio. ¡Qué importantes y necesarias sois, precisamente aquí, en esta ciudad y en este lugar. Aquí os ha colocado la Providencia y aquí os quiere Dios.

¡Cuántos secretos encerraba el corazón de nuestra Hermanita! Y ¡cuántos detalles de fe y de amor siguen encerrando los corazones de las que sois miembros de esta Congregación que sois testimonio externo de vida consagrada tanto en esta ciudad como en esta Diócesis. Necesitaríamos más comunidades como esta para que la Gloria de Dios se hiciese patente a través del bienestar espiritual y material de tantos hermanos y hermanas que caminan por este mundo como ciegos y sin esperanza.

Pedimos para nuestra hermana lo que la liturgia nos ofrece para nuestra piedad:

Venid en su ayuda, Santos de Dios; salid a su encuentro, Ángeles del Señor recibid su alma, y presentadla ante el Altísimo.

Que los Santos Ángeles, de la que era tan devota salgan a su encuentro y la conduzcan, bajo la mirada de la que es Inmaculada y toda misericordia, al corazón de la Santísima Trinidad.

¡Que así sea!

Solemnidad de Santa Clara de Asís, Virgen y Fundadora

Monasterio de San José de Vilar de Astrés, 10 de agosto de 2018.

Rvdma. Madre Abadesa y querida Comunidad de Hermanas Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés.

Mis queridos Hermanos en el sacerdocio.

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Esto dice el Señor: *Yo la llevo al desierto, le hablo al corazón (...) Me desposaré contigo para siempre, me desposaré contigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura, me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor.*

La Santa Madre Clara de Asís, cuya solemnidad celebramos en este Monasterio de San José de Vilar de Astres, nos invita hermanas y hermanos, pero sobre todo a vosotras, las Hermanas Clarisas Reparadoras, a que viváis y repitáis la misma experiencia que ella realizó hace muchos siglos. Dejándolo todo se puso en las manos del Señor y por Él fue llevada al desierto y allí ¡Dios le habló al corazón!

Esa experiencia de desierto sigue siendo una invitación que se nos hace a todos los cristianos, porque en el desierto es en donde se vive ese silencio elocuente que hace efectiva la oración; se puede decir que solo si queremos vivir esa experiencia orante resulta imprescindible que cuidemos el silencio interior y exterior, y para lograr adentrarnos en ese desierto necesitamos ser pobres. Os ruego Hermanas que no os fieis de la clausura, porque también dentro de ella, si no prestáis la debida atención, podéis tener el corazón lleno de ruidos y de graves interferencias que se convertirán en un obstáculo para poder tener las puertas del corazón abiertas a una auténtica sintonía con el Señor. Crédmelo, esa experiencia de desierto es una conquista diaria, no basta con entrar en el monasterio y ya está; no es suficiente con vivir una experiencia de Seminario de varios años, y ya está. ¡No! para lograr ese camino espiritual es necesario dejarnos *mirar cada día* -decía Sta. Clara en una carta a la beata Inés de Praga-, es necesario mirarnos cada día en el espejo en el que se refleja el rostro de Jesucristo. Y en ese espejo *brilla la dichosa pobreza, la santa humildad, y la inefable caridad.*

Santa Clara coloca en primer lugar la “dichosa pobreza”. Si me lo permitís, desearía que nos centráramos un momento en esta virtud evangélica, que en una sociedad del bienestar como la nuestra está devaluada o, con frecuencia, es ridiculizada. En realidad es una virtud en crisis tanto en la vida consagrada como en la sacerdotal.

La pobreza no consiste en no tener, sino en no sentirnos atrapados y aplastados por las cosas, por los otros y por nosotros mismos. La pobreza no solo es no tener hambre de pan o de cosas, sino más bien tener hambre de dignidad, de libertad, de santidad y, por su puesto, de Amor. El mundo actual tiene hambre de amor,

de ser amados. Recordad aquello que se ha dicho: *amad, sed amados y haced amar al amor*. Y, el mismo San Francisco cuando se convirtió decía con fuerza, casi gritando: *¡el amor no es amado! ¡el amor no es amado! ¡el amor no es amado!* Creían que estaba loco, y ciertamente lo estaba: pero loco de amor de Dios. Y aquella locura se convirtió en una “enfermedad contagiosa” en gran parte de la juventud de Asís y de su entorno. El serafín de Asís se convirtió en un hombre peligroso; *¡un ladrón de almas!* Es necesario vivir una locura semejante para convertirnos en apóstoles de apóstoles, en testigos misioneros del amor y de la ternura del Dios de la Misericordia.

El papa Francisco nos pide, insistentemente, que nos convirtamos ¡lo necesitamos! Solo si somos capaces de meternos por el camino y la dinámica de la conversión seremos capaces de imitar a Jesucristo. Y la virtud de la pobreza es el camino que nos ayuda a preparar y a abrir el corazón al Evangelio y aquel que abre el corazón a la Buena Nueva de Jesucristo es capaz de abrir su existencia a Dios y a los hermanos, sobre todo a los más necesitados. Las riquezas, las cosas materiales, y también aquellas que nos llenan de esa “mundanidad espiritual” pueden ahogarnos si no las usamos bien. Es más. Ni siquiera el buen Dios puede poner algo en un corazón que ya está lleno.

El mismo Dios nos enriquece con su pobreza, una pobreza tan radical como aquella que nos muestra como lección suprema en el misterio de la cruz redentora. El Gólgota y Belén son las dos caras de la misma realidad, aprendamos el camino que nos enseña el mismo Maestro.

Santa Clara, también con su vida, nos invita a dar gracias a Dios por la “dichosa pobreza”. Sus palabras son un eco de aquellas que resuenan en las páginas del Evangelio: *Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos*.

Esta virtud evangélica no solo es una joya que embellece nuestra vida cristiana sino que también es uno de los credenciales más seguros para entrar en el Reino de los Cielos. Resulta curioso constatar, mis queridos hermanos y hermanas, que cuando nuestro corazón está apegado a los bienes materiales se va perdiendo la perspectiva de la eternidad. Nos convertimos en autorreferenciales, el egoísmo, la envidia y todo género de críticas y murmuraciones nos encierra en nuestro propio yo y nos impide abrirnos a la realidad, es decir, a nuestro yo auténtico, a las necesidades de los demás y al mismo Dios.

En el mundo contemporáneo hay una profunda crisis religiosa en la creencia en la vida eterna, incluso los consagrados podemos experimentar una falta de autenticidad a la hora vivir esta verdad; a veces podemos caer en la tentación de dejarnos atrapar por lo inmediato, de obsesionarnos por el tener, por buscar seguridades materiales y nos desentendemos de esos *cielos nuevos y de esa tierra nueva*, que sí son definitivos, que constituyen la auténtica realidad que da serie-

dad y autenticidad a los momentos actuales. A veces nos puede suceder como a aquellas doncellas – en el texto evangélico se les llama *necias* –, se utiliza este término al igual que en el Salmo 13, cuando afirma que es necio aquel que dice que Dios no existe. Podemos caer en la necedad de despreocuparnos de la eternidad e hipotecar nuestro presente. Aquellas doncellas se despreocuparon de *llevar aceite de repuesto en las alcuizas* y, no solo eso, sino que cansadas de esperar, se quedaron dormidas. ¡Esa es la tentación que todos tenemos! no ser previsores, quedarnos atrapados por lo inmediato y dejarnos adormecer en nuestras propias vaciedades, corriendo el riesgo de ser despertados de ese sueño de la tibieza, cuándo, cómo y dónde Dios quiera. Entonces, aunque llamemos al corazón de Dios no se nos abrirá, es más, podremos escuchar de los labios de Aquel que es la misma Misericordia: *¡no os conozco!*.

¡No os conozco! Este pensamiento debemos llevarlo a nuestra oración con frecuencia: *En verdad os digo que no os conozco*. Os invito a que pongáis esta frase del Evangelio en relación con aquella otra con la que concluye la profecía de Oseas que se ha proclamado en esta liturgia: *Y conocerás al Señor*.

Podemos decirle: Señor, Señor, tantas veces te he dicho que me desposaré contigo para siempre, que me desposaré contigo en santidad, en misericordia, y en ternura, que me desposaré contigo con fidelidad y *conocerás* al Señor.

¡Si conociéramos el don de Dios! Como lo han hecho los santos, como nos lo ha enseñado con su vida la Santa Clara. ¡Si conociéramos el don de Dios! Es decir: a Jesucristo, su propia vida. Una vida pobre, humilde, casta, obediente, disponible, entregada; entonces sí estaríamos viviendo como auténticos ciudadanos del Reino.

Hermanas, hermanos: si queremos perseverar en el amor y descubrir la importancia que tiene la virtud de la pobreza en nuestra vida de consagrados y de apóstoles, es necesario no dejar nuestra oración. Quisiera ofreceros un pensamiento del papa Francisco: *No pierdan la oración. Recen como puedan, y si se duermen delante del Sagrario bendito sea. Pero recen. No pierdan eso. El Sagrario es frío, no es un televisor. Pero ahí está el Amor*.

De esa praxis cotidiana brotará el coraje apostólico y la alegría, tendrá sentido la pobreza y la disponibilidad, la pureza y la entrega del corazón. Sólo si somos hombres y mujeres orantes, sólo así nos convertiremos en testigos dispuestos para ser rostro alegre de la Iglesia y de Nuestro Señor.

Quisiera finalizar mis palabras encomendándoos a Santa María Madre. En muchos lugares de nuestra Diócesis se están celebrando las novenas a las Santísima Virgen para preparar el Quince de agosto; después comenzarán en otros lugares las grandes novenas para concluir con la fiesta del Ocho de septiembre. María, Virgen y Madre. Os ruego, encarecidamente, que pidáis muchos por los sacerdotes, por nuestra santidad de vida y, sobre todo os suplico que le pidáis

vocaciones para el ministerio sacerdotal, para la vida consagrada, misionera y monástica. Si son muchas las necesidades que aquejan nuestros corazones, podéis estar seguros que la más importante de todas ellas es la causa de las vocaciones. Que nuestra Madre Inmaculada, especial patrona de esta Casa y de las que en ella habitan, nos conceda ser y sentirnos pobres de espíritu para acoger el Reino en nuestras vidas y hacerlo llegar a todos los rincones de nuestra tierra.

¡Qué así sea!

**Exequias del M. I. Sr. D. Magín Yáñez Casal,
Canónigo Penitenciario-emérito de la Iglesia Catedral**

8 de septiembre de 2017.

Excmo. Cabildo Catedralicio.

Queridos Hermanos en el sacerdocio.

Miembros de la Vida Consagrada y de los Institutos de Vida Apostólica.

Hermanas y Hermanos míos en el Señor.

En las Vísperas de la Fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, el Buen Dios ha llamado a la eternidad a este hermano sacerdote bueno y fiel del que todos guardamos un recuerdo agradecido. Con la misma Palabra que nos ofrece la liturgia de este día de fiesta podemos decir:

Hermanos: sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio (Rom 8,28)

Esta certeza que nos recuerda el apóstol Pablo adquiere una especial resonancia en la persona de la Virgen María de la que celebramos su Natividad. Como bien sabéis, en la liturgia de la Iglesia celebramos solemnemente la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo; además de ésta, sólo en dos ocasiones celebramos la natividad de los santos: en el caso de Santa María y de San Juan Bautista. Es normal que así sea porque no sabemos con certeza cuál va a ser el despliegue vital de una persona a lo largo de su vida, de ahí que se celebre su *dies natalis*, es decir, el día de su muerte, cuando nuestra historia ha llegado a su plenitud. Sin embargo, sabemos que los designios de Dios sobre todos nosotros son de paz y de santidad, porque nos ha creado y llamado a la existencia por amor, y desde la perspectiva de ese amor misericordioso estamos llamados a ser testigos de este amor de Dios en el mundo. La gracia de Dios y nuestra libertad se conjugan de tal modo que nos impulsan con un dinamismo que nos lleva a luchar por hacer nuevas todas las cosas. Cuando somos conscientes de la acción de ese amor misericordioso que se hace presente en nuestras vidas a través de las mediaciones de Dios y de la Iglesia - esto no lo podemos olvidar nunca -, entonces nos convertimos en esos testigos de Dios, en constructores de bien en nosotros mismos y en nuestro entorno. Cuántas veces al girar sobre nuestro propio yo y ponerlo como referencia de todas las cosas caemos en un sinfín de contradicciones. La gracia de Dios cuando no le ponemos trabas por nuestra parte puede llenar nuestra vida de esa gran plenitud que entre nosotros adquiere un nombre particular: santidad personal.

En realidad hemos sido llamados y predestinados para *reproducir en nuestras vidas la imagen de Jesucristo*, tal como nos lo recuerda el texto de san Pablo. De acuerdo con este designio de Dios que nos llamó a luchar por ser santos tenemos, todos los días, delante de nosotros mismos, muchas ocasiones ordinarias

para hacer efectiva esta vocación.

Hermanas y hermanos míos. Especialmente quisiera dirigirme a vosotros, Hermanos en el sacerdocio: Hoy nos ha convocado el Señor en este día de la fiesta de la Santísima Virgen para celebrar el tránsito a la eternidad de un hermano sacerdote, un hermano que fue padre espiritual de muchas almas. No es este el momento ni el lugar para hacer el panegírico de D. Magín. Sabéis muy bien, vosotros que le conocisteis mejor que yo, porque algunos le habéis tratado desde vuestra adolescencia, - yo tan solo en estos últimos cinco años de su vida -, que su sencillez y la bondad de su existencia le llenaría de rubor si ahora hiciésemos un panegírico sobre él.

Quisiera aprovechar esta ocasión para animaros a poner por obra lo que muchos de vosotros le habéis escuchado en el Seminario: santidad personal. Convenzámonos de que esta es la clave de toda nuestra existencia, no solo personal, sino también pastoral. Podemos decir, sin temor a equivocarnos que *la pastoral de la ternura*, como la denomina el papa Francisco, ha encontrado un buen representante en D. Magín. Esa vida eminentemente sacerdotal que al contemplarla nos parecía tan frágil que daba la sensación de que si la tocábamos podría quebrársenos entre las manos y, sin embargo, aquel venerable rostro, que ni siquiera la muerte pudo romper en su cadáver, llegaba a fascinarnos con su mirada y su eterna sonrisa. Un sacerdote que supo entregar su vida a Dios y a esta Iglesia con fidelidad y amor. Un hombre de Iglesia, que nació en el seno de una familia cristiana en la parroquia de Atás, que se convirtió en un servidor de la Iglesia desde el primer momento, en especial desde 1951, año de su ordenación sacerdotal, desde aquel momento vivió en y para la Iglesia. Este hermano sacerdote fue un hombre que, a pesar de su buena inteligencia y de su espíritu culto y delicado, no pretendió hacer *carriera eclesiástica*; allí a donde se le envió, allí fue. Prontitud y disponibilidad en el servicio. Sólo Dios y las almas fueron el objetivo fundamental de su entrega silenciosa.

Recuerdo la primera visita que me hizo, recién llegado a esta Diócesis. Me impresionó con su porte y su amabilidad. Venía a solicitarme que le aceptase su renuncia a la Penitenciaría de nuestra Catedral porque debido a su salud ya no podía atender el ministerio que le tenían encomendado. Como era el primer encuentro le rogué que continuase. Así lo hizo. ¡Cuánto bien no ha hecho este sacerdote con solo escuchar a las almas! A través del ejercicio del ministerio de la escucha y del perdón cuánto bien podemos hacer a nuestros hermanos.

Queridos sacerdotes, no descuidemos la atención amable y paciente de nuestros hermanos y hermanas. Recibámoslos siempre con una sonrisa, sin prisas. Qué importante es el ejercicio del ministerio de la Reconciliación en una sociedad como la nuestra en donde el pragmatismo interesado, las prisas estresantes y enfermizas, los particularismo y las profundas soledades que experimentan

nuestros contemporáneos, y quizás nosotros mismos, nos llevan a experimentar momentos de angustia y agresividad, de temor y miedo, y sobre todo falta de ilusión y esperanza.

Hoy más que ayer, necesitamos servidores de la misericordia de Dios, esos apóstoles que de forma silenciosa y ajena al aplauso de la gente, sin buscar ninguna publicidad ni reconocimiento se conviertan en testigos creíbles de la ternura del Dios de la misericordia.

Nos hemos reunido en esta Catedral de San Martín para rezar por un miembro de nuestro Presbiterio Diocesano, aunque tenemos la serena certeza que nuestra oración redundará en beneficio propio, porque me atrevería a decir que la santidad de vida que yo he podido observar en los últimos años de la existencia de D. Magín y que configuraron toda su vida sacerdotal, son prueba clara de que el Señor, en su infinita misericordia, bajo la protección de Nuestra Señora, le habrá acogido en su Casa. Os ruego a todos que, ante la presencia de los restos mortales de nuestro hermano sacerdote, pongáis entre vuestros objetivos pastorales y en vuestras oraciones, al Seminario. A esta institución eclesial le dedicó gran parte de su vida D. Magín. En él prestó los servicios que sus superiores le pedían; su trayectoria pastoral y formativa y sobre todo, el ejercicio de la dirección espiritual, delicada e importante misión que el ejerció, como bien sabéis muchos de los que estáis aquí, de una forma paciente y paternal, de manera especial en el Seminario Menor.

Era proverbial el buen tino y maestría que poseía con aquellos alumnos, que siendo todavía unos niños, entraban en aquella fría institución de los años cincuenta y sesenta, cuya disciplina resultaba tantas veces aplastante. ¡Cuánto no se ha hablado de los Seminarios de la Iglesia Católica en los últimos años! ¡Cuánta publicidad nefasta aireando sólo aquellos casos particulares de algunos sacerdotes que ejercieron indignamente su ministerio y llegaron a causar tanto daño a algunos alumnos y fueron el vilipendio de la Iglesia! Todavía, tan solo hace unos días, alguno de nuestros enfadados ciudadanos que se dejan embaucar por ciertos medios de comunicación, dejó escrito sobre la noble piedra de la fábrica de esta catedral una pintada acusadora e injusta contra nuestros sacerdotes. Pero si esto desgraciadamente es así, bien es verdad que no veo el mismo interés por parte de ningún medio de comunicación que airee la vida y el ministerio de tantos sacerdotes anónimos y fieles a Dios y a la causa del bien de los hermanos como D. Magín.

¡Sus obras le acompañan! El Seminario, la capellanía del Sanatorio Raposo con una asistencia escrupulosa a los enfermos y familiares, digno de encomio para la actual pastoral de la salud: visita diaria a los enfermos, la distribución de la Sagrada Comunión, atención a las personas que le pedían confesión. En el antiguo Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Atención a los ancianos,

celebración diaria de la Eucaristía, confesiones, formación de las vocaciones a Hermanitas. Por último, es de destacar su ministerio como Canónigo Penitenciario de esta Catedral que hoy acoge sus restos mortales. Su fama de buen confesor y las muchas personas que acompañaba espiritualmente, y que siguió atendiendo hasta el final de sus días son prueba de su hermoso, callado y fecundo quehacer pastoral. Podemos decir que pasó haciendo el bien, acompañado siempre, desde su débil y enfermiza figura, por la ternura de su sonrisa y por su trato paciente y afable. Ni siquiera ha dejado espacio en su vida para las murmuraciones, ni para las críticas; cuando no podía corregir sonreía y miraba con silencio reparador.

Al Santísimo Cristo y a la Virgen del Consuelo que veneramos en el Pórtico del Paraíso de esta Catedral a la que le dedicó tantas horas de su vida, encomendamos a D. Magín y repetimos con la liturgia ¡que sus obras le acompañen!

¡Descanse en paz!

Exequias del Rvdo. Sr. D. Sergio Fidalgo Fernández

Santa María de Vilar de Ordelles. 12 de septiembre de 2018.

Mis queridos Hermanos en el Sacerdocio que, en menos de una semana, nos volvemos a reunir otra vez para rezar en torno al altar del Señor por otro hermano sacerdote que ha pasado a la eternidad.

Saludo con especial afecto a los familiares de D. Sergio y les manifiesto el más sentido pésame en mi nombre y en el de toda esta familia que constituye el Presbiterio Diocesano. Vuestro dolor también es el nuestro.

A los fieles de las parroquias de San Miguel de Calvelle, Pazos de San Clodio y el Divino Salvador de Solveira de Belmonte, quisiera expresaros mi más profundo sentimiento por la muerte de D. Sergio que a lo largo de estos últimos años ejerció entre vosotros el ministerio sacerdotal, y rogaros que, al mismo tiempo que pedís por su eterno descanso, recéis también por mí y por mis colaboradores inmediatos, los sacerdotes, para que sepamos llevar a cabo nuestra misión de la reestructuración efectiva de nuestra Diócesis, toda vez que son muchas las parroquias que debemos atender y pocos los sacerdotes disponibles para la misión. Os ruego que tengáis paciencia durante esta temporada y, mientras no se provea con un sacerdote que os pueda atender de broma estable, esforzaos por asistir a la Santa Misa dominical y festiva en aquellos lugares más cercanos a vuestras parroquias. No os olvidéis que la Santa Misa tiene un valor en sí misma independientemente del lugar en donde se celebre y quien lo haga. No dejéis de asistir a la Santa Eucaristía dominical y festiva, es una amble exigencia que nos pide la Iglesia y, nuestros mayores nos han enseñado bien a vivir ese precepto. Por otra parte, en caso de que tengáis alguna necesidad recurrir al sacerdote más cercano a vuestras parroquias o al Sr. Arcipreste.

Bien es verdad que cada vez será más necesario acostumbrarnos a buscar la Misa dominical porque está llegando el tiempo en el que no será posible celebrarla en todas las parroquias, tal como se hacía antes, y os puedo asegurar que ya acontece hoy en bastantes lugares de nuestra Diócesis en donde no podemos estar presentes para atender a los fieles como quisiéramos y en donde ni siquiera podemos celebrar la Misa dominical, y esto no es porque el sacerdote no quiera atender a la gente ¡todo lo contrario! gracias a Dios hay un buen número de sacerdotes generosos y entregados que no dudan en prestar sus servicios en lugares muy difíciles de la geografía rural de nuestra Iglesia diocesana; tampoco porque sean perezosos e interesados, como dicen algunos fieles con falta de doctrina. Es necesario decirlo alto y claro, y estas son las mejores ocasiones para manifestar al Pueblo de Dios que el sacerdote sabe muy bien que la Iglesia sólo le concede permiso para celebrar tres misas los domingos. La cuarta misa sólo en caso de ur-

gencia pastoral o de los entierros que no están previstos en la agenda parroquial. Hermanos míos, es bueno que seamos conscientes de esta realidad.

Hermanas y hermanos míos: Esta es una reunión de hombres y mujeres de fe que nos hemos encontrado en esta parroquia de Santa María de Vilar de Oredelles, lugar del nacimiento de D. Sergio, el 5 de octubre de 1933. Iba a cumplir, próximamente, 84 años. Nos reunimos aquí porque queremos rezar por un hombre bueno y fiel, y dar gracias a Dios por el don del sacerdocio vivido por la persona de D. Sergio. Celebramos con esperanza el tránsito a la eternidad de un hermano sacerdote que después de una vida entregada al ministerio, durante casi 59 años, sirviendo a los hijos de la Iglesia, habiendo experimentado, últimamente, una penosa enfermedad, ha pasado a la Casa del Padre de las misericordias.

La liturgia de la Palabra de este día, miércoles de la XXIII Semana del Tiempo Ordinario, Memoria de san Juan Crisóstomo, nos ofrece un hermoso texto del apóstol Pablo que nos ilumina en nuestro caminar, es más, nos invita a *buscar los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios. Aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra*. Nos ofrece además una lista de todas aquellas obras o pecados que tenemos que evitar y de las que tenemos que huir porque nos apartan del camino que nos lleva hacia Dios, que es el camino de la Vida, de la Vida eterna.

Cuántas veces D. Sergio en el ejercicio de su ministerio sacerdotal ha proclamado esta Palabra y os la ha explicado. Hoy, de una manera simbólica, hemos colocado sobre sus restos mortales el libro de la Palabra de Dios abierto. Lo hacemos para indicar que este cristiano fue escogido por el Señor hace ya muchos años para ejercer el ministerio de la Palabra en el seno de esta gran familia que es la Iglesia. El “*Evangelio vivo*”, que es Nuestro Señor Jesucristo, ha fascinado el corazón de este cristiano y, desde muy joven sintió la llamada del Señor que le invitó a seguirle en el ministerio sacerdotal. *Tú eres mío* escuchó sin ruido de palabras y se dejó ganar el corazón por Dios. Desde aquel momento su vida y todo su ser tuvo un sentido único: ser, vivir, servir y morir como un sacerdote de Jesucristo.

Este Evangelio abierto es como un despertador para todos los que estamos aquí reunidos, de manera especial para los sacerdotes. Este gesto solo se realiza en las exequias de los obispos y presbíteros, con ello se nos indica que el sacerdote debe ser, con sus palabras y acciones, es decir, con toda su vida un libro abierto, un Evangelio viviente. Que al vernos actuar y hablar, que cuando los fieles contemplan nuestra manera de vivir y de comportarnos puedan decir: este sacerdote lee, medita y vive el Evangelio. Es decir, se esfuerza por vivir la vida de Jesucristo. En la medida en que somos fieles a esta praxis de vida estaremos trabajando en serio en esta nueva tarea evangelizadora a la que nos invita el papa Francisco.

Sabemos que en ocasiones los sacerdotes somos muy criticados; de ellos solo se destacan las cosas negativas, sus faltas, errores o pecados; sin embargo, muy pocas

veces se publican tantos gestos heroicos de servicio como realizan nuestros sacerdotes en su entrega a los hermanos. Cuantos modelos ocultos para nuestros niños y jóvenes, modelos de vida que no son publicitados suficientemente y pasan en silencio por nuestra vida dejando una estela que solo echamos en falta cuando se nos mueren. Cuidad a nuestros sacerdotes. Quererlos y ayudadlos. Atendedlos y acompañados en el ejercicio de su ministerio que es para vuestro bien.

Estamos empeñados en pensar que ahora, en estos momentos de nuestra historia, Dios ya no llama a su seguimiento ¡nos equivocamos! hace todavía unos días recibía el mensaje de un muchacho de una de nuestras parroquias y, después de hablar con él y descubrir que el Señor le llama, al plantearle en serio su vocación hizo como el joven rico. *Se marchó triste*. Porque el ambiente en el que vive no es valorada la persona del sacerdote. Dios sigue llamando, como lo hizo con D. Sergio, quizás en este templo, bajo la mirada de esta imagen hermosa de la Virgen.

Hermanos míos: ante el féretro que contiene los restos mortales de nuestro querido hermano D. Sergio os ruego que no os canséis de invitar a los jóvenes y a también a aquellos ya entrados en años, incluso con su carrera hecha, para que abran el corazón de su vida a Jesucristo. ¡Os llevaréis muchas sorpresas! El papa Francisco nos pide que “*lancemos las redes*”, sin miedo, y que no perdamos la esperanza. Tenéis que perdonarme pero cuando asisto a las exequias de uno de nuestros sacerdotes viene, irremediabilmente, a mi mente y a mi corazón, las vocaciones y el Seminario. ¡Rezad mucho por las vocaciones y ayudad al Seminario que aunque haya pocos seminaristas, tenemos que mantener la institución como si hubiese un centenar de alumnos. No nos olvidemos que precisamente de ahí, del Seminario, es de donde pueden salir aquellos que nos sustituyan en nuestro ministerio cuando ya seamos mayores, nos encontremos enfermos, o nos muramos. Del Seminario saldrán aquellos que podrán servirnos como sacerdotes de Jesucristo.

¡*Somos ciudadanos del cielo!* Nuestra manera de caminar por la historia de este mundo tiene que ser diferente a la de tantos de nuestros hermanos que caminan entre tinieblas porque les falta la luz de la fe. Nosotros somos ciudadanos del cielo, o si queréis, sería mejor decir que somos peregrinos del Absoluto. *En Dios somos, nos movemos y existimos*. Él es el que tiene la última palabra. *Él es el principio y fin de todas las cosas*. Él es el que nos llena de esperanza y nos dice *yo hago nuevas todas las cosas*. Él es Aquel que ha prometido *el cielo nuevo y la tierra nueva* a aquellos que le aman.

Desde esta perspectiva el cristiano, hombre y mujer de fe, sabe muy bien que nuestros criterios de actuación tienen que ser distintos a aquellos en cuyas vidas no existe ninguna apertura a la vida eterna; hoy son muchos, incluso algunos que se dicen cristiano, que viven como si fuesen unos nuevos paganos. Solo se preocupan de Dios cuando les interesa. No han descubierto la hermosura del *Evangélio de la vida*. Caminan como aquellos que creyendo ver, son ciegos. Como

nos recuerda el apóstol Pablo, las cosas del mundo materializan el espíritu y nos impide descubrir la hermosura de la fe cristiana. Fijaos en este hermoso texto que acabamos de proclamar en esta liturgia exequial por nuestro hermano sacerdote.

¡Qué hermoso texto nos ofrece hoy el Evangelio!. Fijaos como nos dice que Jesús levantó los ojos hacia los discípulos. Dejémonos mirar por este Dios con nosotros, que nos contempla con ternura y escuchemos como nos dice:

Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados.

Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.

Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del Hombre.

Alegraos ese día y saltad de gozo: porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Hay alguien que nos pueda ofrecer un mensaje tan hermoso y prometedor: *Vuestra recompensa será grande en el cielo.* El sacerdote, como hombre de fe, que se entrega y trabaja sin buscar la recompensa humana inmediata, se convierte en una atalaya de esperanza en medio de nuestro pueblo por la sencillez de su vida y, como en el caso de D. Sergio, con la ternura de su persona - así me lo decía alguno de los internos en el centro penitenciario de Pereiro de Aguiar en donde prestaba sus servicios ayudando al capellán -, *Obispo, este es un sacerdote que desde la sencillez de su vida, sin imposiciones, sabe mirar a las personas con cariño y con comprensión;* con un rostro alegre, y con sencillez de vida, se convirtió para muchas personas en un testigo de la ternura y de la misericordia de Dios; otros quizás no supieron comprenderle, o pasaron a su lado despreocupándose de aquel hombre de Dios que siempre luchó por hacer el bien. Nos lo está recordando, continuamente, el papa Francisco a todos los sacerdotes. Que seamos un signo de la ternura de Dios.

Con la liturgia de la Iglesia decimos: *Venid en su ayuda, Santos de Dios; salid a su encuentro Ángeles del Señor: recibid su alma y presentadla ante el a Altísimo.*

El Señor ha llamado a nuestro hermano sacerdote y, con esperanza, lo encomendamos a la misericordia de Dios. *¡Qué sus obras le acompañen!*

En esta iglesia de Santa María en donde comenzó a vivir su fe desde niño, en donde creció y se fortaleció su vocación, nosotros hoy elevamos nuestras plegarias a la que es *Omnipotencia suplicante*; ¡lo puede todo porque lo suplica todo a quien todo lo puede! y dejamos la historia del ministerio sacerdotal y toda la vida de nuestro hermano D. Sergio y le decimos a la Madre de Dios: *Acuérdate Madre Dios y Madre nuestra, cuando te encuentres ante la presencia del Padre Dios de decirle cosas buenas a Dios de este sacerdote bueno y fiel que hoy entregamos a la tierra para que se convierta en tierra fecunda de donde nazcan las vocaciones que necesitamos para el servicio de esta Iglesia.*

¡Qué así sea!

DISCURSOS

Asamblea de Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados Episcopales

20 de septiembre de 2017 (renovación de cargos).

Iniciamos en este curso 2017-2018, esta Asamblea que, como bien sabéis, no está establecida canónicamente sino que es una praxis de esta Iglesia particular que, aunque nos cueste un poco de sacrificio asistir a ella, debemos mantenerla y potenciarla, de manera especial con nuestra presencia y, también con vuestra exigencia amable para que sea una mañana de trabajo en la que venimos a rezar, reflexionar juntos y acordar las determinaciones más oportunas para la vida de la Iglesia Diocesana. Sé de las dificultades, de los horarios y de las complicaciones de vuestra vida pastoral, no soy ajeno a ellas pero, aunque nos cueste algún sacrificio os ruego que seamos fieles a la hora de cuidar la asistencia. En caso de que sistemáticamente no se pueda asistir sería bueno plantearse, personalmente, el ejercicio de los encargos que os han encomendado vuestros compañeros.

En esta reunión están presentes los nuevos Arciprestes, Vicearciprestes y algunos Delegados, a los que damos nuestra acogida y manifiesto, públicamente, mi agradecimiento y el de esta Iglesia Diocesana por haber aceptado este servicio. Otros continuáis vuestra tarea de servicio a los hermanos sacerdotes y esta Iglesia local y yo, una vez más, en nombre de ella y de todo el Pueblo de Dios, os doy las gracias y os animo a que sigáis colaborando con ilusión y esperanza en estos momentos en los que se abren posibilidades pastorales nuevas, a pesar de lo inquieta que está nuestra sociedad.

Se me ha pedido que ***os hable sobre la identidad de los Arciprestes y de su misión***, de manera especial en esta etapa sinodal.

Sé que alguno de vosotros habéis aceptado este ministerio – el de Arcipreste – con dolor y temblor y, sobre todo como prueba de vuestro espíritu de servicio. Os lo agradezco y os animo porque vale la pena prestar este servicio en la Iglesia. Por otra parte, la mayor parte de vuestros compañeros tienen puesta su confianza en vosotros. Habéis sido sugeridos por ellos y creo que lo han hecho con seriedad, buscando la persona que les pueda ayudar y servir.

En primer lugar el Arcipreste es un servidor de los hermanos, que en nombre del Obispo, acompaña, ayuda, se preocupa, discierne y actúa con caridad y fraternidad en caso de necesidad. No tengáis miedo en el ejercicio de vuestro ministerio porque no estáis solos. El Obispo, los Vicarios y Delegados están a vuestro servicio y están dispuestos a acompañaros en el ejercicio de vuestra misión.

Sois la Asamblea sobre la que va a recaer la labor de impulsar el Sínodo Diocesano. Vuelvo a repetir aquella frase de san Juan Pablo II que más tarde repetiría

también Benedicto XVI: *¡No tengáis miedo! No estamos solos.* Hay comunidades que están rezando mucho por este proyecto. En algunas parroquias del mundo rural, con su sacerdote anciano, en un momento determinado de la liturgia, se reza la oración del Sínodo que, aunque es larga, encierra en sí un profundo contenido. Os ruego que la llevéis a vuestra oración personal y veréis el profundo contenido que encierra. Creedme, el *Sínodo ya está generando mucho bien porque hay mucha gente que reza; que se ha sentido convocada.* No se trata de inventar nada, sino de reflexionar y revivir la fe de la Iglesia, y hacerlo caminando juntos, para que sea más viva y operativa en nuestras comunidades cristianas de referencia que son las parroquias y en las comunidades religiosas.

Es verdad que no faltarán las dificultades, incluso las incomprensiones y los rechazos. También las críticas. Estas actitudes son frecuentes en todos estos procesos, porque en realidad todo camino sinodal supone una auténtica *conversión personal* y, lo sabéis también como yo, todo proceso de conversión supone encontrarse con la cruz, y en ocasiones con “cruz de los buenos” que es la que más pesa y duele, pero ahí está la clave y el camino que nos llevará a la *auténtica conversión pastoral.*

Según la legislación actual de la Iglesia el servicio de los Arciprestes ha sido realizado en nuestras Diócesis desde sus mismos orígenes organizativos, de tal modo que este ministerio ha sido creado para:

- Potenciar e impulsar, de forma coordinada – somos la misma Iglesia – la programación pastoral.
- Como coordinador de actividades
- Dinamizador de las relaciones personales entre los sacerdotes y fieles que viven en un Arciprestazgo.
- Sois la proyección del ministerio del Obispo en un territorio determinado.
- A través de vuestro ministerio el Obispo puede hacerse presente en las distintas comunidades. Sois vínculo de unión y de comunión.
- Hay algo muy importante: os ruego que estéis pendientes de los sacerdotes, sobre todo de los sacerdotes enfermos y ancianos. Avisadme, avisad a los Delegados del Clero. Soy consciente de que me critican porque no estoy pendiente de los curas ancianos y enfermos. Si somos objetivos, eso no es verdad. Pero estoy tranquilo en conciencia porque no puedo llegar a más. Son muchas las presencias que me solicitan de todo tipo; además el Obispo tiene otras obligaciones, como pastor de esta Iglesia de cara a otras comunidades diocesanas, debe participar en organismos eclesiales de la Conferencia Episcopal Española. No puedo llegar a todo. Agradezco a los Sres. Vicarios que me ayudan mucho, pero el ministerio episcopal es un *munus* individual, por eso necesito vuestra ayuda y colaboración. Venzamos los miedos y las inercias ¡el don del Espíritu Santo está con nosotros!

- Os ruego, encarecidamente, que seáis instrumentos vivos de comunión. En este sentido los Obispos de Galicia hemos entregado a todos los fieles cristianos una Carta pastoral conjunta: *Sobre algunos aspectos actuales de la vida de comunión en nuestras Iglesias particulares (2017)*. Os ruego que la leáis y que la hagáis llegar a los sacerdotes y a vuestros colaboradores en las tareas pastorales.

Amigos míos:

La Iglesia nos pide hoy que nos abramos al Evangelio de Jesucristo que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Él, y para ello, como objetivo de nuestra misión, os propongo estos puntos de actuación que están abiertos a otros muchos:

- ¡Ilusionaos con el Sínodo! Os daréis cuenta de que será una ocasión propicia para acercaros a más fieles y, algunas personas encontrarán en los grupos sinodales el cauce adecuado para la revitalización de su fe y de una vinculación más intensa a la Iglesia.
- Necesitamos *abrirnos a Dios y a su Iglesia* que sale a nuestro encuentro. Por pura Providencia, a través de sus mediaciones: **Sínodo, planes, proyectos, encuentros, retiros, observaciones de las vicarías y delegaciones**, el Señor sale a nuestro encuentro y nos ayuda. Resulta imprescindible, en una *pastoral de misión, sentirnos en comunión*. Esto se hace elocuente cuando acogemos los proyectos diocesanos y los hacemos nuestros para caminar en la misma dirección.
- Es necesario vivir y ayudar a vivir *el espíritu de servicio y la disponibilidad ministerial*. No podemos quedar *anclados en el mismo servicio pastoral tantos años*, esto resulta perjudicial para nosotros y para toda la comunidad creyente.
- Se debe potenciar la *pastoral de comunión o de conjunto*. Crear actividades pastorales de comunión. Algunas realidades que ya se han conseguido, como las celebraciones de la Confirmación, es necesario aplicarlas a todo lo demás: preparación para el matrimonio, charlas de formación, conferencias cuaresmales, actos fúnebres, atención a enfermos y ancianos en sus domicilios, catequesis, pastoral juvenil, etc. Os ruego, encarecidamente, que recéis para que el Señor nos ilumine a la hora de llevar a cabo una *pastoral vocacional* más incisiva y que logremos crear una cultura vocacional, siendo más propositivos, lanzándonos sin miedo, etc. En algunas Diócesis de España se ha conseguido el relevo generacional en el Presbiterio diocesano. En Galicia no y nos preocupa mucho a los pastores.
- La Iglesia en nuestros días se hace *tanto más creíble cuanto más solidaria es*¹. Es imprescindible que en cada parroquia o grupos de parroquias, o en las diferentes zonas pastorales, funcione *Cáritas* u otras instituciones eclesiales de

1 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nº 65.

caridad, si las hubiere, como las *Conferencias de San Vicente de Paul*. En este asunto os ruego que os dejéis llevar de *la imaginación de la caridad*, porque no podemos olvidar que el servicio de la caridad es también *una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y expresión irrenunciable de su propia esencia*² y si queremos ser auténticos, debemos permanecer siempre en esta inquietud de buscar a Dios y de buscar al hombre concreto en sus necesidades. Este es nuestro gran desafío como creyentes.

- Desde la perspectiva de esta *nueva etapa evangelizadora* que nos pide la Iglesia no tienen sentido los compartimentos estancos dentro de la misma estructura administrativa, *¡sé que las últimas experiencias de nuestra Iglesia particular han sido dolorosas para todos!* pero no es cristiano perder la esperanza y estar anclados, indefinidamente, en una *administración decimonónica asentada en un sistema benefical injusto*. Estamos llamados a una ***exigente comunión de bienes*** entre las distintas entidades que forman la Iglesia diocesana que peregrina en Ourense. Desde el Evangelio, y siguiendo las directrices del Santo Padre, no es justificable que unas comunidades tengan mucho y les sobre ¡y puedan guardar o invertir! y a otras les falte lo necesario para sobrevivir ¡Somos la misma Iglesia! ¡Lo que le sobra a unos les falta a otros!³ Es imprescindible, y esto constituye una exigencia evangélica, crear lazos de solidaridad y de comunión entre las parroquias. Entre las parroquias, las demás comunidades cristianas y la vida consagrada con el Seminario y con el Instituto Teológico “Divino Maestro”.
- Por otra parte, las exigencias legislativas y sociales nos están reclamando *mayor transparencia en nuestras gestiones* y una mejor distribución de los bienes. Sé que esto es un asunto muy delicado pero no sería honesto si no os lo manifestase. ***También las estructuras económicas de nuestra Iglesia particular deben ser evangelizadas*** y, por consiguiente, juntos tenemos que dar los pasos adecuados para adaptarnos a los criterios de estos tiempos y a la normativa que regula todas estas actividades.
- Dentro de la ***pastoral de los domingos***, que ha sido objeto de uno de los últimos planes diocesanos, es necesario que ***se creen centros de referencia de atención pastoral para las celebraciones litúrgicas***. No basta con celebrar la Eucaristía con prisas para atender un pequeño grupo de personas y así despacharlas hasta dentro de quince días, o hasta el próximo mes. ***Urge recuperar la dignidad de la celebración de la Misa dominical, centro de la comunidad cristiana***, preparándola bien con moniciones, cantos, lecturas bien procla-

2 BENEDICTO XVI, Motu proprio *Intima Ecclesiae natura*, 11 de noviembre de 2012, n° 1; Cf. Carta encíclica *Deus caritas est*, n° 25,

3 SAN GREGORIO MAGNO: “*Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo. Más que realizar un acto de caridad, lo que hacemos es cumplir un deber de justicia*”. *Regula pastoralis*, 3, 21,45(PL 77,87)

madras, posibilidad de la recepción del sacramento de la Confesión antes de la Misa.

- *Tenemos que exigirnos más porque nuestro pueblo lo necesita y lo espera.* Es necesario esforzarnos por una Iglesia con un rostro distinto. Es verdad que en las parroquias pequeñas, en donde no se puede celebrar la Eucaristía con frecuencia, se puede perder la importancia del Domingo, sin embargo, con una buena predicación y una adecuada *catequesis de adultos* acerca de la nueva reestructuración de las parroquias, - teniendo en cuenta que una gran mayoría de nuestros fieles ya se desplazan en sus vehículos para ir a Misa -, sería necesario ayudarles a descubrir que unos kilómetros más adelante tienen una Misa, a la que pueden asistir, para celebrar y vivir el Domingo, Día del Señor, y ésta es tan válida como aquella que se celebra en su parroquia. Se puede aprovechar alguna de las charlas que se da a los jóvenes de confirmación acerca de la importancia del Domingo, o bien a los padres de los niños de Primera Comunión, para ir *cambiando la mentalidad* que consiste en sostener el hecho de que en cada parroquia tienen que celebrarse una Misa, si no es así no se va, y cuando no puede acercarse el sacerdote, porque tiene otros compromisos, entonces se termina justificando la no vivencia del *Día del Señor*.
- Sé muy bien que las circunstancias de nuestra Iglesia y las de la sociedad no son buenas desde el punto de vista económico, sin embargo, es necesario seguir apostando por la recuperación de algunas *casas arciprestales o de zona* para convertirlas en lugares dignos y acogedores en donde se pueda atender a los fieles de las distintas parroquias que forman parte de la misma zona, al mismo tiempo que sirven para un cuidado más humano de los sacerdotes. Los mismos grupos sinodales nos pueden ayudar a descubrir lo apremiante que es tener unos lugares dignos y acogedores en las distintas zonas pastorales. En mis Visitas pastorales me encontré pequeñas comunidades parroquiales, muy humildes, que tenían un lugar digno para reunirse y celebrar algunos acontecimientos de la vida parroquial, esto quiere decir que si queremos podemos revitalizar esas zonas pastorales. Para llevar a cabo este proyecto es necesario estudiar con imaginación y realismo el *iter* a seguir, las dificultades heredadas no nos pueden impedir caminar con esperanza. Con una intensa vida de fe no nos faltará imaginación para solventar los problemas, pero hoy, más que nunca son necesarios esos centros y en su creación, funcionamiento y conservación debemos intervenir y colaborar todos, no solo la Administración Diocesana.
- Quisiera hacer partícipes de un proyecto que nos ha ofrecido el papa Francisco: Propongámonos *no subir al ambón sin preparar la homilía*. Si hace falta llevarla escrita o con un guion, hagámoslo. Luchemos contra toda improvisación y no nos dejemos llevar por los años, ni por la facilidad de palabra, ni mucho menos por la costumbre. Preguntémosnos: ¿Por qué el Papa le ha dedicado a la

homilía veinticinco puntos en su primera exhortación apostólica⁴? Por favor, convenzámonos de que con nuestras homilías largas no conseguimos nada. ¿Son necesarios dar tantos avisos al finalizar la Misa? Repetitivos, cansinos, etc. El papa Francisco con sus muchos años nos está dando lecciones magistrales con su forma de actuar.

- Cuidémonos mucho y preparémonos mejor para realizar los ritos de exequias. Convenzámonos de que hoy, en muchas ocasiones, los entierros y las demás **celebraciones exequiales** se han convertido en un *atrio de los gentiles*. Seamos conscientes de que a estos actos van muchas personas que habitualmente ya no entran en nuestros templos, o se han alejado de la práctica religiosa por desencanto o decepcionados con el sistema, o bien por rechazo; sin embargo, con ocasión de estos acontecimientos luctuosos, sin que les invitemos, acuden y atienden a lo que se les dice ¡están especialmente sensibles y abiertos! ¿Qué les ofrecemos con nuestras actitudes funcionariales, con nuestros cantos, con nuestras conversaciones previas en la sacristía, con las formas y maneras con las que salimos vestidos al altar o celebramos una liturgia en el tanatorio? Démonos cuenta que hasta los empleados de las funerarias cuidan con esmero todos los detalles, también los externos. ¿Cuál es el mensaje que les ofrecemos y damos con algunas de nuestras actitudes? Muchos de los asistentes no volverán a oír hablar de Jesucristo ni de la vida eterna hasta el próximo entierro o funeral. Estamos desaprovechando estas ocasiones como cauce de evangelización ¿Somos conscientes de este reto? ¿Sabemos aprovechar este sistema tradicional que todavía sigue teniendo vigor en nuestro pueblo como cauce de evangelización y de una cierta catequesis *misionera*? Ordinariamente, en las misas dominicales, al encontrarse solo el sacerdote, debe preocuparse de hacerlo todo, o casi todo: lecturas, cantos, catequesis, etc. Sin embargo, en el caso de los entierros y en los actos de difuntos acostumbran a asistir otros sacerdotes, esta circunstancia se podría aprovechar para realizar unas celebraciones más ordenadas, mejor preparadas, con las moniciones y la homilía adecuada, de tal modo que el grupo de sacerdotes podría convertir la celebración de los sagrados misterios en una ocasión de evangelización a través de la liturgia. Es imprescindible, a nivel de Arciprestazgos, revisar con valentía y honradez estos actos culturales que, en ocasiones, más bien desedifican.

Os agradezco vuestra atención y os pido perdón por haberme alargado más de lo que tenía previsto. ¡Que Dios os bendiga!

4 Cf. EG, n° 145-159.

EN LA REVISTA DIOCESANA *COMUNIDADE***Julio*****¡Mirar a Dios!***

En esta temporada en la que estamos asistiendo a un desajuste en la climatología, y el poder del hombre, con sus inagotables medios técnicos, parece que encuentra sus límites, tenemos que elevar nuestros ojos y ¡Mirar a Dios! Recordemos esas fuertes heladas, que no recuerdan nuestros mayores otras iguales y que dejaron completamente arrasada buena parte de la producción de los campos de nuestra tierra. Nos hemos sentido sorprendidos por las violentas tormentas que azotaron los frutales en flor. La intensa ola de calor que afecta a toda la naturaleza y trastoca incluso nuestro equilibrio interior y exterior, nos resulta desconcertante. Ante esta situación se me hizo vivamente presente el espíritu de la carta encíclica del papa Francisco *Laudato si*, en la que nos evoca el cuidado por la casa común y nos invita a preocuparnos de forma solidaria por las gentes del campo que están sufriendo las consecuencias devastadoras de los fenómenos meteorológicos que han causado pérdidas irreparables en plantaciones, huertas y viñas.

Los hombres y mujeres del campo, algunos con lágrimas en los ojos y con una grave preocupación en sus rostros, manifiestan que la vendimia y la recolección de los frutos de la tierra este año va a ser prácticamente inexistente. A todo esto se añade la falta de agua suficiente para los cultivos, a pesar de las tormentas esporádicas que, en ocasiones están causando mucho daño tanto a los campos como a los servicios de agua para consumo humano, y esto, a pesar de las fuertes tormentas que resultan, dicen, insuficientes.

La imágenes de los terribles incendios que asolaron a la nación vecina de Portugal, en la que encontraron la muerte un buen grupo de ciudadanos, así como los que azotan nuestros montes y campos, llegando a amenazar el entorno humano, nos llevan a reflexionar sobre esta casa común que debemos custodiar para legarla a las generaciones futuras.

Ya nuestros predecesores, tal como quedó reflejado en las Constituciones del último Sínodo Diocesano celebrado en nuestra Diócesis en 1908, con el fin de llamar la atención al pueblo de la gravedad de ciertas acciones, determinaron que cuando *provocando un incendio, de éste se sigue un grave daño; talando o destruyendo lo que ha sido plantado con ello se provoca un grave perjuicio contra los bienes de las personas o a la misma naturaleza*, y también cuando, *para cometer un hurto se entra violentamente ya sea en las casas de los vecinos o en los templos*; todas estas acciones eran consideradas pecados gravísimos y reservados al obispo.

Todo cristiano ha de saber que si realiza estas acciones siguen en vigor estos pecados reservados y conviene que así sea, porque estamos contemplando con fre-

cuencia cómo se atenta contra la naturaleza, y son violados los bienes de muchos ciudadanos, asaltando sus casas, e incluso los templos con la finalidad de causar un grave daño. No podemos olvidar que todo aquello que va contra la naturaleza y contra el ser humano, atenta también contra el mismo Creador.

Ante esta grave situación que nada ni nadie parece poder solucionar de manera adecuada, os invito a todos, tal como nos enseñaban nuestros mayores, curtidos por los trabajos de la tierra pero con corazones grandes y abiertos al querer de Dios, a que elevemos nuestras manos y nuestros corazones al cielo implorando su ayuda y remedio. Cuando se ponen los medios humanos y no se obtienen los resultados oportunos, sino ¡todo lo contrario! nuestros antepasados, hombres y mujeres de fe, suplicaban al Buen Dios y a sus santos que les concediese un buen tiempo, que le liberase de la tormenta y de la plaga de los incendios.

Ruego a los sacerdotes y demás agentes de pastoral que eleven oraciones al Dios de la Misericordia, que nos conceda el clima adecuado para que nuestros campos sean fecundos; encomendamos especialmente a los sacerdotes que, cuando las normas litúrgicas lo permitan, después de una breve y adecuada catequesis, utilicen los formularios litúrgicos que aparecen en el Misal para estas ocasiones, de manera especial las Misas y oraciones por diversas necesidades (págs. 1049 y 1061 de la nueva edición del Misal; en el Misal galego, en las págs. 971ss, especialmente 981-984). La Eucaristía es, entre otras muchísimas cosas, una síntesis de toda la creación que se hace ofrenda a Dios a través de los dones de pan y vino fruto de la tierra, de la vid y del trabajo del hombre. Allí donde no puedan estar presentes los sacerdotes, animo al pueblo fiel que abra esos hermosos templos y ermitas lean y escuchen la Palabra de Dios y supliquen al Señor del Universo que nos envíe un tiempo propicio para que las cosechas sean fecundas.

A pesar de que el ambiente que nos rodea está impregnado de un fuerte secularismo, así como de una creciente indiferencia en cuestiones religiosas, especialmente contra el hecho católico, sin embargo, las gentes de nuestros pueblos, la mayoría de una fe sencilla y recia, en medio de las dificultades sabe mirar a Dios y a sus santos, y en medio de las graves dificultades alaban a Dios como Creador y Señor de todo lo creado, tal como nos lo manifiesta la carta encíclica *Laudato si*. Elevemos también nosotros la mirada de nuestro corazón para que Dios y sus santos nos sean propicios en estos momentos de adversidad y nos liberen de las plagas, las tormentas, la climatología adversa, y de manera especial de los incendios.

Se encomienda a vuestras oraciones y os bendice, vuestro siempre.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Agosto***Temor a la inseguridad***

A lo largo de estos días, a través de los medios, ha vuelto a ponerse de manifiesto la falta de seguridad con la que se encuentran los pueblos tranquilos del mundo rural. En unas y otras zonas nos sorprende la noticia de que *los amigos de lo ajeno* entraron en casas de la aldea, algunas habitadas y en iglesias parroquiales. Es éste un grave problema que nos preocupa por la falta de seguridad con la que se encuentran nuestras gentes y, también, el patrimonio histórico-artístico de nuestro pueblo cristiano. Los sacerdotes, que son los administradores natos de este patrimonio saben bien, porque ya están avisados, que es necesario guardar con cautela y seguridad lo que queda del patrimonio y en años anteriores ha experimentado un fuerte expolio.

Aún así, a veces de poco sirven los medios de seguridad para aquellos que desean apropiarse de lo ajeno. He podido comprobar, con dolor, el grave deterioro que se causa a nuestras iglesias, la mayor parte de ellas con muy pocos recursos porque son pocos los fieles que asisten al culto.

Nos encontramos con grandes puertas reventadas, a veces muy antiguas, rejas rotas, orificios en la techumbre... Cuando logran entrar dejan tras de sí desorden y dolor. En varias ocasiones se ha llegado a profanar el Santísimo Sacramento. En estos casos pido encarecidamente a los sacerdotes que comuniquen este hecho en el Obispado con la finalidad de organizar un acto de reparación y desagravio a nivel arciprestal e, incluso, si fuese conveniente, diocesano.

En ocasiones, los fieles se oponen a que los sacerdotes guarden los objetos de valor: cruces procesionales, cálices, patenas, copones, custodias, imágenes de pequeño tamaño... en el Archivo Histórico Diocesano. Se hace transitoriamente, en espera de la creación de un Museo Diocesano. Los fieles deben ser conscientes de que es patrimonio que pertenece al pueblo católico que vive su fe en una parroquia completa, pero es algo que debe custodiar la Iglesia y el Obispo es el responsable último. No se trata de expropiar, ni mucho menos de enajenar, se trata de custodiar de forma segura y poderlo legar a las generaciones futuras.

Por otra parte, es una gravísima imprudencia que algunos de esos objetos los guarden los vecinos en sus propias viviendas. Ruego que se preste atención a esta praxis. Por una parte, la mayoría de los que se prestan a ello son personas ancianas que asumen un grave compromiso porque convierten sus hogares en polos de atracción para los *amigos de lo ajeno*. Además, no es prudente que se guarden los objetos de valor en domicilios particulares ya que se han dado casos en que, al fallecimiento de la persona responsable, los familiares se desentendieron de los objetos o bien los consideraron como parte de su patrimonio.

Los bienes de la Iglesia son los bienes de los pobres, por eso, todos los que

luchamos por ser y sentirnos Iglesia, debemos responsabilizarnos del patrimonio histórico-artístico que, sin ser de nuestra propiedad personal, sí forma parte de los bienes de toda la comunidad eclesial que, por ser católica, no tiene fronteras. De ahí que cuando algunos bienes en un lugar no están cuidados o amenazan ruina, pueden ser destinados a otra comunidad cristiana que garantice su conservación y custodia.

Que en este tiempo de verano, escogido por algunos para hacer sus agostos, los hijos de la Iglesia nos responsabilicemos y seamos más conscientes del rico patrimonio que por tradición poseemos y que, en conciencia, no debemos perder. Prestemos atención a todas estas realidades y no las perdamos ni desatendamos porque son expresión de la fe viva y generosa de nuestros mayores.

Con afecto os bendice,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Septiembre

Los sacerdotes en la vida de la Iglesia

El mes de septiembre es un tiempo eminentemente mariano, al menos en nuestra Diócesis. Todo él gira entre esas dos fiestas marianas, la de Natividad de la Virgen María, el día 8, y la de la Virgen de los Dolores, del día 15. Durante estos días son muchas las novenas que encaminan nuestros corazones a los santuarios de la Madre de Dios y Madre nuestra. Sobre estos lugares se centra la actividad pastoral de muchos sacerdotes. Serían impensables estos actos religiosos sin su presencia. Ellos son el alma y la fuerza impulsora de estos centros de atención pastoral a los que se acercan los hombres y mujeres de nuestro pueblo, tanto mayores como jóvenes.

Si pudiéramos penetrar en los orígenes de estas manifestaciones religiosas, tan enraizadas en el ser y en la piedad de nuestros pueblos y de sus gentes, seguro que encontraríamos siempre la presencia callada, pero viva y eficaz del genio pastoral de algunos sacerdotes, de los cuales con el tiempo deberíamos hacer memoria agradecida.

Los sacerdotes son personas muy importantes para el bien del Pueblo de Dios, no sólo son unos simples agentes de pastoral, el pueblo creyente sabe que son mucho más; son necesarios en y para la vida de nuestras comunidades cristianas, por eso la Iglesia no deja de preocuparse en prestar atención a su formación permanente y al cuidado espiritual de los mismos. Lo hace de forma ordinaria a través de los encuentros formativos mensuales y de los retiros espirituales en las

diferentes zonas pastorales.

A todo ello se añade la atención extraordinaria que les presta, anualmente, con la organización de tandas de Ejercicios Espirituales, con las Jornadas de Teología y, también, con las llamadas Jornadas Sacerdotales que se organizan en el mes de septiembre, en el monasterio de Poio, en la hermosa ría de Pontevedra. Este año, los Obispos de Galicia, ayudados por las Delegaciones Episcopales del Clero de las diócesis gallegas, queremos celebrar los 25 años de estos encuentros, lo haremos bajo este título sugerente: “*25 anos das Xuntanzas dos Cregos de Galicia. Vivindo a comunión.*”

Con estos encuentros se pretende, ya desde sus comienzos, que los sacerdotes de las diócesis gallegas encuentren un lugar de descanso y de oración, y a la vez, un ámbito de reflexión y de estudio con la finalidad de buscar una ocasión para renovarnos y lograr eso que el papa Francisco nos recuerda que debemos buscar, porque los necesitamos mucho, esos *lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales*”.

Por otra parte, estas jornadas son una ocasión propicia para fomentar el encuentro fraternal entre los sacerdotes que forman parte de distintos presbiterios diocesanos pero que viven su labor pastoral en un pueblo y con unos fieles que constituyen la Iglesia que peregrina por las tierras de Galicia. ¡Es mucho lo que nos une! En virtud de la ordenación los sacerdotes están llamados, no solo a ejercer *una misión limitada y restringida* a un ámbito geográfico determinado, sino que la tarea pastoral del presbítero es universal y amplísima porque participa de la misión universal que Cristo confió a los apóstoles. El sacerdocio *se dirige necesariamente a todos los pueblos y a todos los tiempos y no está reducido por límite alguno de sangre, nación o edad*¹. Esto quiere decir que el ejercicio del ministerio sacerdotal no tiene fronteras. Se ha comprobado que, a lo largo de estos cinco lustros, los encuentros de Poio han hecho mucho bien a los sacerdotes porque les ha ayudado a conocerse y a vivir esa espiritualidad en “salida misionera” de la que nos habla el papa Francisco.

Quisiera aprovechar la ocasión que me brinda Comunidade para invitar a los sacerdotes a que asistan a esas jornadas que se celebrarán del 11 al 13 de septiembre en el Monasterio de Poio y, al mismo tiempo quisiera recordarles que si muchos son los trabajos pastorales que les apremian, mucho más importante es cuidar esos ámbitos de renovación que no solo contribuyen a una conversión personal, sino que los mismos fieles que la Iglesia les ha encomendado, se benefician

1 Cf. VATICANO II, Decreto *Presbiterorum ordinis*, nº 10.

indirectamente de estos bienes.

Ruego a todos los hijos e hijas de la Iglesia en Ourense que recen por los frutos de estas jornadas y no sólo recuerden a sus sacerdotes en esos días y les disculpen por su falta de presencia al frente de sus comunidades, sino que les acompañen con su oración.

Os bendice con afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense